

## Transformar sin cancelar. La sensibilidad cultural de la hegemonía

Antonio Gómez Villar  
Universitat de Barcelona (UB)\*

Recibido: 11/11/21    Aceptado: 12/12/21

**Resumen:** A partir de las intuiciones de Mark Fisher en torno a la “propagación de la culpa” como modo de subjetivación burguesa, problematizamos las ambivalencias de la llamada cultura de la cancelación y lo políticamente correcto. De un lado, dan cuenta de tensiones democráticas, densidades sociales y marcos ideológicos conquistados; de otro, el punitivismo moral no puede ser el eje de un proyecto emancipador, pues comporta la clausura de las identidades políticas encerrándolas en el mismo poder que tratan de subvertir.

**Palabras claves:** M. Fisher, cultura de la cancelación, políticamente correcto, hegemonía

## Transforming Without Cancelling: The Cultural Sensitivity of the Hegemony

**Abstract:** Mark Fishers's intuitions about “propagating guilt” as a mode of bourgeois subjectivisation are the basis on which we problematise the ambivalences of what has come to be known as the cancel culture and political correctness. On the one hand, these speak to democratic tensions, social densities and conquered ideological frameworks; on the other, moral punitivism cannot be the driver of an empowering project because it entails closing down political identities and locking them away in the very place they are attempting to subvert.

**Keywords:** M. Fisher, cancel culture, political correctness, hegemon

---

\* [antonio.gomez.villar@hotmail.com](mailto:antonio.gomez.villar@hotmail.com)

## 1. La batalla por nuevos marcos ideológicos

En julio de 2020 se publicó en la revista norteamericana Harper el texto “Una carta sobre la justicia y el debate abierto”, un manifiesto contra la cultura de la cancelación firmado por más de 150 intelectuales. En ella se dice que “las fuerzas del iliberalismo están ganando terreno”, pues vivimos una época en la que se busca cancelar y silenciar cualquier disidencia: editores despedidos, libros retirados, periodistas vetados o profesores bajo sospecha. En apoyo al manifiesto estadounidense, la revista española *Ethic* publicó poco después “Una carta española contra la censura y la cultura de la cancelación”, haciendo referencia al “linchamiento como medio para conseguir cualquier fin”, al temor a “la repercusión negativa que para ellos pudieran tener las opiniones discrepantes con los planteamientos hegemónicos en ciertos sectores” y a la “conformidad ideológica que trata de imponer la nueva radicalidad”.

Desde posiciones progresistas y de izquierdas suelen repetirse algunas ideas sobre el lugar de enunciación que ocupan quienes censuran la cultura de la cancelación y las motivaciones sospechosas que los animan a hacer públicas sus posiciones. Es cierto que las reflexiones sobre la cultura de la cancelación pocas veces van acompañadas de un análisis sobre las condiciones materiales que posibilitan la libertad; también es cierto que la mayor parte de las veces la cultura de la cancelación se usa como pretexto para expresar la incomodidad de quienes hasta ahora han ostentado ciertos privilegios de enunciación; y que el marco en el que se inscriben suele ser bastante hipócrita: se propone la vuelta a los buenos modales, al mercado de las ideas, a la esfera pública protagonizada por quienes tienen un sustento material y tribunas reconocidas que les permite expresar sus opiniones. A quienes hasta ahora ostentaban una voz reconocida les preocupa más la posibilidad de ser cancelados que aquello susceptible de cancelación.

En efecto, al cargar las tintas contra la cultura de la cancelación pareciera que se propone un retorno nostálgico a aquella esfera pública carente de tensiones y antagonismos, sin ruidos ni estridencias, o sea, una vuelta a ese silencio que apartaba a las mujeres del espacio público y donde nadie elevaba la voz por haber sido agredida sexualmente. Igualmente, alguna vez existieron tranquilos espacios de deliberación donde no se planteaban debates sobre la raza porque era considerado un tema menor. Algunos añoran una esfera pública no asfixiante. *La República* de Platón, por ejemplo, no era asfixiante, era calma y serena, cada cual en el lugar que le correspondía. Mientras el esclavo fuese esclavo, la República sería justa.

Por eso hoy, cuando minorías claman contra su invisibilización y las formas de dominación que sobre ellas pesan, cuando se desnaturalizan los órdenes naturales de las cosas, esa irrupción “anómala” no es que exprese comportamientos “tóxicos”, sino que visibiliza la toxicidad de los comportamientos de quienes otrora ejercían de invisibilizadores monopolizando la palabra pública. Lo políticamente correcto (PC en adelante) no es una mordaza del pensamiento, sino la irrupción de eso nuevo que no ha terminado de hacerse sentido común. Hace años no existía la cultura de la cancelación, lo que existía era un orden racista y sexista. Y algunos, aquellos que nunca necesitaron gritar y alzar la voz, añoran la normalidad en la que podían disfrutar de sus privilegios. Una normalidad que para otros suponía la aceptación resignada de una forma de violencia históricamente silenciada y normalizada.

Para Lucía Lijtmaer la verdadera amenaza a la libertad de expresión no viene de la denominada cultura de la cancelación, sino del poder político y legislativo en su intento de criminalizar la protesta. La amenaza no procede de las minorías que irrumpen en el espacio político visibilizando conflictos hasta ahora silenciados, sino que el “señalamiento al moralista ‘ofendidito’ en realidad no hace otra cosa que ocultar

interesadamente la criminalización de su derecho, de nuestro derecho como sociedad, a la protesta” (Lijtmaer, 2019: 11). Con el término “ofendidito”, sostiene Lijtmaer, se trata de ridiculizar a quien se siente ofendido. Por eso se expresa como diminutivo simbólico, hipersensible, de piel fina, llorón, blando moralista, frágil, débil, incapaz de afrontar el debate público, infantil o quejica.

En estrecha relación con este planteamiento, Sara Ahmed reivindica la figura de las “aguafiestas feministas” en el contexto de la historia de la felicidad (2019), de quien habla cuando “no toca”, esas impertinentes e insolentes que estropean “los buenos momentos”. Para ella ser “aguafiestas” es una forma de autocuidado de los colectivos minorizados. Seguro que se nos vienen a la cabeza momentos familiares “felices” en los que el cuñado de turno hace un comentario machista o racista. Y es ahí cuando hay que “estar dispuesta a aguar la fiesta, a truncar la felicidad” (Ahmed, 2018: 344). Al contrario de lo que sostienen los firmantes de ambos manifiestos antes referidos contra la cultura de la cancelación, para Sara Ahmed la libertad hoy ha sido reducida a la libertad de ofender. Por eso las feministas no son las que “arruinan la fiesta”, sino las que exponen aquellas situaciones que habían estado ocultas y marginadas bajo el signo público de la libertad. Seguro que a muchos de los firmantes podemos reconocerlos tras estas palabras de Ahmed: “hay un deseo de creer que las mujeres se vuelven feministas porque son infelices” (2019: 57). Es necesario decir lo que nos molesta y nos agrede, aguar la fiesta, reclamar nuestra libertad para protestar.

Es preciso someter a sospecha el carácter de radical novedad que se le atribuye a lo PC y a la cultura de la cancelación, pues son prácticas que han existido desde siempre, toda sociedad se ha constituido en torno a consensos mayoritarios sobre qué es aceptable y qué no. Además, en torno a esos consensos radica una dimensión positiva, que da cuenta de nuevos antagonismos, de tensiones democráticas que antes no existían, de victorias hegemónicas. Son el resultado de cambios morales en una sociedad, lo cual es deseable. Lo PC también quiere decir que se ha logrado introducir e instalar un imaginario en los modos de representación social. ¿No han sido históricamente las formas de discriminación racial o de género estereotipos normalizadores?

Así pues, lo PC también es una forma de blindar ideas y valores. Expresan densidades sociales, la consistencia de diferentes creencias, límites infranqueables, concepciones de vida que no queremos tolerar, o sea, marcos ideológicos ganados en el sentido común mayoritario. Históricamente, cuando los consensos que sostienen un orden se rompen, se abre un nuevo umbral. Esto lo saben bien las nuevas derechas radicales y por ello sitúan en torno a lo PC la batalla política. Se ha convertido en lugar común decir que las ideas que estas nuevas formaciones políticas han incorporado en el espacio público existían desde mucho antes de su nacimiento y auge, solo que ahora se han atrevido a sacar a la luz pública lo que otrora había sido reprimido. Pero, aunque así fuese, si antes sus discursos permanecían ocultos, en silencio o sólo se expresaban en privado, y ahora irrumpen en la esfera pública “sin complejos”, ello sólo se explica como resultado de una batalla político-cultural que ha creado las condiciones de posibilidad para que lo reprimido logre alcanzar la superficie. La anterior represión de sus discursos e ideas no respondía a mero voluntarismo, era consecuencia de conquistas democráticas que ejercían la función de cortafuegos. Santiago Alba Rico calificaba como “paso al acto” un terrible acto racista, el lanzamiento de una granada en el centro de menores de Hortaleza a finales de 2019. Ese acto condensaba un cambio de país: “el ‘paso al acto’ tiene un efecto a un tiempo multiplicador y polarizante que es muy difícil retroceder” (Alba Rico, 2019).

## **2. Entre la victimización y la emancipación por venir**

No obstante lo dicho, y aun siendo consciente de las ambivalencias de lo PC y la cultura de la cancelación, creo que un proyecto político emancipatorio no puede asumir sin más, de manera perezosa, la condena moral, pues ello nos imposibilita hacer lecturas políticas y, sobre todo, impide atender a lo subterráneo de los malestares que se expresan tras muchos discursos que claman a favor de la incorrección. Y es aquí donde la lectura de M. Fisher se torna fundamental. “Los que critican y señalan están siempre en el mismo bando”, escribe Lucía Lijtmaer (2019: 57). Yo creo que esa dicotomía es mucho más compleja. Por supuesto que es importante bloquear los discursos de odio. Pero sostener que el manifiesto Harper contra la cultura de la cancelación es lo propio de varones blancos heterosexuales de mediana edad que ven cómo sus históricos privilegios están siendo cuestionados por minorías hasta ahora silenciadas, es una mirada algo miope, pues es también una manera de mirar para otro lado y no asumir que tenemos un problema en el interior del campo político emancipatorio. No podemos obviar que en los últimos años ha tomado protagonismo una preocupante apuesta por el punitivismo que refuerza formas autoritarias de ejercer el poder y que acaba siendo funcional a éstas.

De hecho, la pretensión de alcanzar la absoluta corrección ha sido siempre una estrategia del orden, que ha inscrito las únicas modalidades de protesta aceptables como si de consumidores disciplinados se tratase: has de decirme por los cauces establecidos qué no funciona. El sujeto ideal del orden es el individuo que acude a una ventanilla cualquiera y expresa su queja por escrito en una hoja de reclamación. Por el contrario, la verdad de lo plebeyo siempre se escoró hacia el lado de la moral nietzscheana, más allá del bien y del mal. Si las fuerzas emancipadoras se convierten en mera máquina moralista, en potencia enjuiciadora y régimen punitivo de los afectos, corre el riesgo de que el privilegio otorgado a la censura moral termine desactivando aquello que podía tener componentes subversivos y, al mismo tiempo, colaborar en preservar y afianzar como intocable el núcleo mismo de la dominación. Si cerramos el afuera negro, proletario, maricón o bollera y en un acto de corrección política lo sustituimos por persona de color, empleado, gay y lesbiana, terminamos situando al hombre blanco heterosexual como la medida de todas las cosas. Se establece un centro como medida, ser blanco heterosexual es lo normal, y se imposibilita desmontar tal estatuto de normalidad. Por el contrario, es preciso romper las barreras, no reprimirlas autonormalizándonos, por lo que carece de sentido la autorepresión y el autodisciplinamiento.

Históricamente, los insultos raciales o los insultos a las sexualidades disidentes permitieron abrir una dimensión poética con la que romper el lenguaje racista o sexista. Y no fue necesaria la cultura de la cancelación, ni férreas leyes nominales, ni disciplinas del decir. Dar estatuto político a lo PC es asumir que la emancipación se construye de arriba abajo, como margen de libertad concedido. Pero lo plebeyo siempre tuvo un fuerte componente emocional, multiforme y tumultuario que desordenaba los esquemas existentes. Un proyecto de emancipación siempre será más fuerte practicando la libertad que limitando su potencia al abrigo de lo PC, una defensa de las buenas conciencias y costumbres como correlato del mantenimiento del status quo. La moralidad liberal atiende de manera hipócrita al síntoma estableciendo eufemismos, construyendo tabúes y velos de prohibiciones nominales. ¿Qué construye, pues, un lenguaje acusatorio y punitivo? ¿Para qué la vigilancia moral? ¿Qué sentido tiene comportarse bajo las formas culturales burguesas, políticamente correctas, que nos privan de las vísceras en pos de una corrección que es el eje del dispositivo que luego nos destruye? Los sujetos de la emancipación siempre han insultado, desde las caricaturas contra los reyes absolutistas

hasta hoy. ¿No será la prohibición de la palabra visceral el síntoma de la interiorización del dominio del semiocapitalismo neoliberal?

Un buen ejemplo de ello fue la sanción de 3 partidos y 100.000 libras impuesta a finales de 2020 al futbolista uruguayo Edinson Cavani, delantero del Manchester United, por el comentario que escribió a un amigo en Instagram: “Gracias, negrito”. El comentario fue considerado racista por la Federación Inglesa de fútbol. Ante este hecho, la asociación de futbolistas de Uruguay salió en defensa de E. Cavani con la publicación de una declaración que decía:

queremos denunciar la arbitrariedad de la federación inglesa de fútbol. Lejos de realizar una defensa contra el racismo, lo que ha cometido es un acto discriminatorio contra la cultura y la forma de vida de los uruguayos. La sanción revela una visión sesgada, dogmática y etnocentrista que no admite más que la lectura que se quiere imponer desde su particular y excluyente interpretación subjetiva.

Y continuaba: “no se ha condenado a una persona, sino a nuestra cultura, nuestra manera de vivir. Eso sí que es discriminatorio y racista”.

Como señala Wendy Brown, si el eje de la lucha política pasa por enfatizar cada uno de los agravios particulares, cada experiencia personal, entonces la justicia social sólo puede consistir en reparar los agravios de las víctimas. En vez de abrir los dolores y malestares sociales a la lucha política, se la despolitiza localizando, separando y reparando los agravios. No es un problema de manzanas podridas que deben ser retiradas del cesto, sino de condiciones estructurales. Si privilegiamos la denuncia del agravio, los problemas sistémicos se reformulan como meros asuntos personales al vaciar su carga emancipatoria: “determinados proyectos políticos bienintencionados y posiciones teóricas contemporáneas redibujan inadvertidamente las mismas configuraciones y efectos del poder que pretenden derrotar” (Brown, 2019: 43).

Lo interesante del punto de vista de W. Brown es que se pregunta acerca del síntoma del moralismo que caracteriza nuestra vida intelectual contemporánea: no se apuntan a los problemas estructurales, sino a personas y actitudes, por lo que la política queda reducida a castigo. Pero con esa estrategia tan solo se “transforman actitudes”. Es entonces cuando la queja se convierte, como señala Paul Bruckner, en una versión degradada de la sublevación (1996: 37). Y un proyecto de transformación no puede reducirse a preservar una estricta corrección moral. De la misma manera, la mera cancelación corre el riesgo de quedar reducida a un gesto autorreferencial para el autoconsumo de quien cancela.

En este sentido, tiene razón Nancy Fraser cuando apunta que

la lucha contra todos esos males [se refiere a racismo, sexismo, etc.] debe ser esencial para un bloque progresista-populista. Pero sería contraproducente abordarlos con una condescendencia moralizadora al estilo del neoliberalismo progresista, que asume una visión superficial e inadecuada de tales injusticias, exagerando en exceso hasta qué punto el problema está dentro de las cabezas de las personas y rehuendo la profundidad de las fuerzas estructural-institucionales que lo sustentan (2020: 185).

Mark Fisher (2019) sostenía que la propagación de la culpa –a lo que yo añadiría la cultura de la cancelación– es un modo de subjetivación burguesa. Fisher lo llama “el castillo del vampiro”: “un deseo de sacerdote de excomulgar y condenar, un deseo académico pedante de ser el primero en ser visto descubriendo un error, y un deseo hípster de

pertenecer al grupo”. Sería interesante saber qué pensaría Fisher hoy, pues su texto es de 2013, cuando la virulencia en las redes sociales no era todavía tan intensa.

La mera victimización, nuestra reivindicación desde un lugar de víctima, clausura la identidad encerrándonos en el mismo poder contra el que luchamos. Por el contrario, una estrategia que vaya más allá de la victimización nunca obviará su dolor, pero impedirá ser enunciado desde el lugar de poder que le dio origen. La emancipación es siempre la emancipación por venir.

### 3. Transformar no es cancelar

El problema estratégico en torno a la cultura de la cancelación es que se asume que transformar es chocar, que consiste en deshacer al otro. Pero la cancelación puede incluso terminar reforzando las condiciones que explican el comportamiento clasista, machista o racista. Al reproducir la violencia desde el gesto punitivo, y ahondar en la exclusión, se contribuye a la jerarquización. Si sólo de cancelar se trata, entonces perpetúas el orden de las cosas tal como estaba antes de la acción canceladora, lo cual impide su transformación. Y lo propio de un proyecto de transformación no consiste en destruir una posición, sino en hacerla transitar hacia lugares distintos. La estrategia canceladora limita el horizonte de lo imaginable, bloquea cualquier universo de sentido y de percepción fuera de la condena. Una mirada y estrategia radicalmente distinta nos la aporta la operación hegemónica, el gesto político que trata de ensanchar los límites de lo posible, ampliar esa norma no escrita llamada sentido común apelando a los significados comunes sobre los que se constituye lo político; encontrar un hilo desde los que tejer otras razones que transformen nuestros puntos de partida.

Imaginemos que decidimos cancelar la concepción de la familia burguesa, por ser una institución históricamente opresora que ha subordinado el lugar de las mujeres y ha erigido una concepción estrecha y restringida de familia, tanto que muchos modos de vida y formas de convivencia han quedado fuera de ella. El proyecto cancelador encontraría buenas razones en gran parte de la tradición revolucionaria clásica que censuró a la familia como lastre opresivo que había de ser destruido. Una perspectiva clásica es la de Engels en *El origen de la familia*, que introduce una caracterización de la familia como parte del modo de producción. También la de Louis Althusser, quien se refirió a la importancia de la familia como aparato cultural e ideológico fundamental en la conformación de las condiciones de producción y reproducción del proletariado.

Pero la idea de familia no es en sí misma reaccionaria. Se convierte en un significativo retrógrado cuando en nombre de su defensa se construyen enemigos, el aborto, el matrimonio entre personas del mismo sexo o la jerarquía masculina dentro de ella. No tiene sentido cancelar una institución cargada de tanto significado y tradición para la mayoría y que posee un enorme poder de cohesión social. Disputar su sentido a los sectores conservadores no puede pasar por un rechazo puro, sino por rearticularlo dándole un sentido de contestación. Cuento una anécdota. Hace unos años, buscando la escuela en la que matricular a mi hija que por entonces tenía tres años, asistí a varias jornadas de puertas abiertas de diferentes escuelas de infantil y primaria en Barcelona. En una de ellas, al comenzar la exposición de presentación del proyecto educativo, una mujer se presentó como la presidenta de la Asociación de familias (AFA). Yo nunca antes había escuchado estas siglas —en la EGB las siglas eran APA (Asociación de padres y alumnos) y luego con la llegada de la LOGSE, AMPA (Asociación de madres, padres y alumnos). Al oír AFA pensé que me había equivocado de escuela, que no había acudido a la reunión de la escuela pública en la que estaba interesado, sino a una escuela del Opus Dei o los Legionarios de Cristo. Pero me quedé allí, porque todo lo que contaba aquella mujer me

pareció muy razonable y me interpelaba, por lo que al terminar la charla me acerqué a ella a preguntarle por las siglas AFA. Muy amablemente me dijo que pensaban que AMPA era un concepto restrictivo, porque al fijar “madres” y “padres” dejaban fuera muchas otras formas de familias que no encajan en ella. Y que por ello han preferido el abstracto AFA que no define un modelo de familia concreto y, por tanto, no es excluyente.

No sé si la presidenta de la AFA de aquella escuela había leído a Gramsci, pero su concepción de familia se inscribía en una política hegemónica de manual, pues buscaba disputar, redefinir, ampliar y transformar el sentido clásico de “familia”. Frente a la denostación de la familia por burguesa, conservadora y retrógrada, una práctica hegemónica trataba de recuperar el concepto para que pudiese albergar una pluralidad de formas de vida, de vínculos y afectos que no cabían en la concepción conservadora. No deja de ser paradójico que hayan sido los sectores conservadores quienes han logrado la definición e identificación hegemónica de lo que se entiende por familia, un ideal político particular pero universalizado, cuando son ellos los que tienen el concepto de familia más restrictivo.

Un triunfo social no tiene lugar porque se consiga derrotar o cancelar al otro, sino a través de su descomposición y articulación de las cuestiones ambivalentes y heterogéneas de las que está hecho todo orden hegemónico para amplios sectores sociales. La hegemonía es el abandono de la lógica todo/nada. Es preciso reconocer y aceptar, y no ignorar, moralizar o condenar, los modos en que nuestros adversarios políticos han logrado articular deseos y aspiraciones en una dirección precisa. Si nuestro adversario es hegemónico, lo es por su capacidad de conectar con deseos y aspiraciones mayoritarias, no porque hayan logrado cancelar nuestras ideas. Sólo así, frente a la mera neutralización moral del adversario, será posible atender a las inscripciones ideológicas de sus demandas, reclamos y deseos, de manera tal que sea posible la operación de desarticulación y articulación en un sentido diferente.

La batalla política ha de operar y construirse en ese interior hegemónicamente existente y no desde una posición pura previamente constituida. No se puede intervenir políticamente sobre cualquier sensibilidad desde fuera, sancionando, cancelando, mostrando la luz. Volviendo a mi anécdota, no se trata de contraponer a la mala concepción de familia, por burguesa y reaccionaria, la concepción buena e ideal de familia, sino habilitar que otras formas de familia sean posibles. Por eso es preciso apostar más por la transformación que por la sanción. Frente a una mirada victimizadora, centrada en el proteccionismo, necesitamos otras orientaciones afectivas, afectos más fuertes que la mera cancelación.

Y creo que es pertinente apuntar, y aclarar, que la hegemonía no consiste en una operación que busca el mejor discurso, el argumentario fetén, el tono pertinente o la comunicación adecuada. No es una tarea de *spin doctors* y departamentos de marketing que diseñan ideas para mejorar la venta del producto ya elaborado. Construir sentido no equivale a imponer relatos, una suerte de idealismo solipsista que entiende la hegemonía como capacidad de imponer discursos. No se trata de usar cualquier recurso narrativo que a uno se le ocurra, ni tan siquiera el más brillante. La hegemonía no es sólo una operación ligada a los contenidos imaginarios que introduce, sino a todo aquello que tal operación habilita y posibilita simbólicamente y materialmente.

Los valores, las normas y creencias vigentes dibujan un campo de disputa político. La hegemonía es el conjunto de consentimientos implícitos que sostienen el orden vigente. Se trata de vínculos sociales construidos durante años, con fuertes sedimentaciones históricas. Pero, ¿cómo deshacer un sentido común instalado? Difícilmente podremos desanudarlo desde el vacío, desde la pura exterioridad, sino desde los sentidos comunes y hegemónicos anteriores. Incluso quien grita de manera estruendosa “¡No!” contra algo,

ese grito nunca será puro, siempre estará en relación con aquello contra lo que se grita. La hegemonía no opera desde la coherencia interna de sus propios enunciados, nunca podremos crecer hegemónicamente si sólo logramos decir lo que ya somos. Hay quienes piensan que si aparecemos enfadados y con espíritu cancelador, entonces nuestras proposiciones alcanzarán mayor estatuto de verdad.

La hegemonía es la noción central del corpus gramsciano. Su contenido no está ligado a la idea de dominio, sino a la de dirección político-cultural. Introduce una nueva concepción de la cultura: toda construcción hegemónica incide en la importancia de la disputa cultural. El legado de Gramsci pasa por comprender los cambios sociales mediados por los cambios culturales, por lo que no hay victoria política sin previo triunfo cultural. Pero no se trata de dos momentos distintos –primero la batalla cultural y luego la batalla política–, sino de dos dimensiones fuertemente entrelazadas. El giro cultural gramsciano nace de la ligazón de las condiciones materiales y culturales en la creación de un proyecto de cambio social. Para Gramsci, por ejemplo, la Revolución francesa se ganó antes de que ésta comenzara, pues los valores ilustrados de igual dignidad para todas las personas en tanto seres dotados de razón constituían ya una concepción de mundo, una imagen del mundo hegemónica que permitió desplazar los poderes del Antiguo Régimen.

Hegemonía es el nombre que recibe la capacidad de articular los sentidos y las motivaciones de una formación social, de la constitución de una sociedad. Hegemonía quiere decir que una potencia gobierna otra potencia sin suprimirla; es un liderazgo basado en el consentimiento antes que en el exceso de fuerza. Y no tiene que ver con los porcentajes de una particular composición sociológica que se suman a tu proyecto, sino con su estructuración simbólica. Hegemonía no significa, pues, dominación ideológica, sino capacidad de constitución de un sentido común. En 2011 el PP obtuvo la mayoría absoluta en las elecciones estatales. Años antes, junto a otras organizaciones de la sociedad civil, lanzó una fortísima ofensiva contra la ley que permitía el matrimonio entre personas del mismo sexo, aprobada en 2005 por el gobierno socialista de Zapatero. Sin embargo, aun cuando el PP podía haber cambiado la ley de manera sencilla –su mayoría absoluta se lo permitía–, no lo hizo. ¿Por qué? No porque hubiese cambiado de opinión sobre aquella ley, seguían pensando que era una forma de destruir la familia, sino porque no podían. Y no podían porque un nuevo sentido común había sido conquistado por las fuerzas progresistas. Pero no una conquista particular, en el interior del universo progresista, sino una conquista social, en el sentido común de la mayoría social que incluía también a los sectores conservadores.

Un proyecto de emancipación no surge a partir de una acumulación de fuerzas en torno a un objetivo, sino rearticulando relaciones sociales, ampliando imaginarios y horizontes conceptuales a través de prácticas de ruptura. La hegemonía no es un asalto, sino una infiltración; no una acumulación de fuerzas, sino un desplazamiento. La verdadera victoria hegemónica no consiste en destruir a tu adversario político, sino en incluirlo en el interior de tu marco, pero en posiciones subalternas. Cada año, a la manifestación del día del orgullo gay acuden destacados miembros del PP. Hay quienes consideran que ello es síntoma de la vaguedad o escasa radicalidad de las demandas del movimiento LGTBI y que si su lucha política fuese realmente transformadora y transgresora, los líderes políticos conservadores no acudirían. Pero una perspectiva hegemónica lo mira de manera diametralmente opuesta. Los dirigentes del PP participan de la manifestación, pero no pueden liderarla ni son capaces de fijar su sentido. Querrían quedarse en casa, pero no pueden. Van, digamos, a regañadientes. El día que “puedan” quedarse en casa y no ir, el movimiento LGTBI habrá perdido una posición hegemónica, la capacidad de subalternizar a su adversario político.

La hegemonía es siempre un proceso, no es un sistema ni una estructura. Se trata de experiencias, de relaciones. No es nunca algo singular sino plural, es una lucha por la disputa que trata de desorganizar una formación política vigente. No es nunca un proyecto terminado ni asentado, pues siempre está en proceso. En términos gramscianos es una “guerra de posición”: en cada uno de nuestros gestos cotidianos habita una visión del mundo. Lo que posibilita y determina los cambios son las nuevas definiciones de la realidad. Gramsci (2011), recordando a Benedetto Croce, decía que un pensamiento se torna hegemónico cuando se cita en los cafés. En resumen, el filósofo italiano aportó al marxismo una sensibilidad por la dimensión cultural; una lucha por los significados culturales e identidades sociales que conocemos con el nombre de hegemonía.

## Referencias

- Ahmed, S. (2019). *La promesa de la felicidad. Una crítica cultural al imperativo de la alegría*. Caja negra.
- Ahmed, S. (2018). *Vivir una vida feminista*. Bellaterra.
- Alba Rico, S. “En otro país”, *ElDiario.es*, 5 de diciembre de 2019.
- Althusser, L. (2014). *Ideología y aparatos ideológicos del Estado*. Nueva Visión.
- Brown, W. (2019). *Estados del agravio. Poder y libertad en la modernidad tardía*. Lengua de Trapo.
- Bruckner, P. (1996). *La tentación de la inocencia*. Anagrama.
- Engels, F. (2017). *El origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado*. Akal.
- Fisher, M. “Salir del castillo del vampiro”, *Sin Permiso*, 6 julio 2019.
- Fraser, N. (2020) *Los talleres ocultos del capital. Un mapa para la izquierda*. Traficantes de sueños.
- Gramsci, A. (1981). *Cuadernos de la cárcel*. Ediciones Era.
- Gramsci, A. (2011). *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*. Nueva Visión.
- Lijtmaer, L. (2019). *Ofendidos. Sobre la criminalización de la protesta*. Nuevos cuadernos Anagrama.